

dentor, y esto con un modo espiritual y admirable, estando todo en todas partes de la Hostia y esto totalmente, sin dependencia en las unas partes de las otras, ni del todo? Modo tan admirable y prodigioso de estar, que no se ha visto ni se verá otro semejante en la naturaleza. Pues la obra de la justificación é infusión de la gracia, ¿de cuánto poder es? Por cierto mayor que la creación del mundo, según San Agustín y Santo Tomás; pues por ella se eleva el alma sobre toda la naturaleza. También la obra de la glorificación es de suma omnipotencia, y en ella se eleva el entendimiento criado á ver cómo es en sí el Criador. No tiene comparación con la más mínima destas obras los mayores castigos de Dios, ni las plagas de Egipto, ni el diluvio de todo el universo, ni el incendio de Pentápolis, ni las penas todas del infierno se pueden comparar, en razón de omnipotencia, con la bienaventuranza que tendrá el alma del justo. Pues para padecer un espíritu no es menester la elevación que es necesaria para que vea y goce de Dios, y para esto le elevan á un grado sobrenatural y divino. ¡Oh inmenso Dios, cómo echo de ver que si vuestra naturaleza divina es de una omnipotencia horrenda para castigar, la tiene estupenda para premiar! Si vuestra Justicia aterra, vuestra Misericordia pasma; si vuestro rigor amedrenta, vuestra benignidad consuela; y aunque temo el rigor, espero vuestro favor; vuestra omnipotencia me encoge para que no os ofenda y disguste, y me alienta para que os sirva y reverencie, pues sois igualmente bueno y poderoso. Todo podéis hacer, y así no quedará el ayudarme por flaqueza. Espero en vuestra Bondad; consuélome con vuestra Omnipotencia, que podrá cumplir lo que vuestra Bondad me promete.

CAPÍTULO VII

Cómo la gracia que, según Aristóteles, acompaña á la hermosura, se halla en Dios. Trátase de la Misericordia divina.

I

Los filósofos que tratan del bien de la Hermosura celebran mucho la gracia que ordinariamente la acompaña, y es como vida de la misma hermosura, que en romance suelen también algunos llamar gallardía ó buen aire. En qué consista esta gracia hubo antiguamente grande controversia entre muchos filósofos académicos y los peripatéticos, porque Platón no dió distinción bastante entre una y otra; y así decían que eran una misma cosa la hermosura y la gracia, aunque significada con dos nombres; y suponiendo que una y otra estaba en Dios, decían que eran unos resplandores de la soberanía de Dios, unos rayos del Sol divino, que resplandecían en las cosas criadas. Por lo cual dijo Platón ¹ que quien admira y ama alguna cosa agraciada y hermosa, no la reverencia á ella, sino á Dios en ella. Mas Aristóteles no juzgó que eran una misma cosa, sino diversas, como lo dió á entender en el libro cuarto de los Morales, que dedicó á su hijo Nicómacho, donde pone distinción entre lo gracioso y lo hermoso ²; porque unas personas hay agraciadas que no llegan á ser hermosas: y así parece que es, que hay algunos que se dice tienen gracia, pero no hermosura. Esta misma distinción suponen los Poetas antiguos, que no fueron poco sabios, y así distinguieron de Venus á las Gracias, que era la diosa de la hermosura; pero diéronse las por compañeras, dando á entender que no eran una misma cosa, sino distintas; pero que estaban por la mayor

¹ Plat., apud Pícolo., *De instr. virt. grad.* 8, c. 37.

² Arist., in 4 Mor. Nicomac., c. 3.

parte juntas, de modo que la gracia seguía á la hermosura. Esta misma distinción parece confirmó David, suponiendo que una y otra había en Dios, cuando después de haber alabado al Rey del Cielo de hermoso, dice que se derramó en El la gracia. Y así, ya que hemos tratado de la Hermosura divina, será necesario decir algo de la gracia de sus obras, que la acompaña. Para esto diremos primero en qué consiste esta gracia, y veremos cómo no está menos en Dios que su Hermosura inmensa.

Algunos que trataron exactísimamente esta materia, y fueron filósofos de grande erudición, y muy versados en la doctrina de Platón y Aristóteles, dicen ¹ que la gracia que sigue á la hermosura consiste en las obras y acciones, y es aquel donaire, aquella gallardía y perfección del obrar y hacer bien alguna acción, de que se suelen pagar mucho los hombres, y se prendan grandemente los corazones. Por esto definen á la gracia diciendo que es un resplandor exterior de la razón, y conveniente destreza en las acciones y modo de hacer alguna cosa, la cual es grande ornamento de la hermosura. Añaden que la gracia es propia de las cosas que son capaces de razón; mas la hermosura es común aun á las que carecen de alma y sentido. Llegando, pues, á averiguar en qué acción principalmente resplandezca la gracia, resuelven que en el habla; y así dice Pícolominio ²: «La gracia más viva, la más propia del hombre, la más poderosa, sale de la lengua y boca». La razón es, porque el habla es el instrumento más propio de la razón, por donde se ve más claramente el alma; y así dijo Sócrates á un mancebo ³: «Si quieres que te vea, háblame algo». Por esto mismo dijeron los antiguos que Mercurio, dios de la elocuencia, era el que era la guía ó el escudero

¹ Pícolomin., sup. Apulejum.

² Id. Pícol., c. 38.

³ Socrat., ap.

de las Gracias. Hallo que todo esto es conforme al santo rey David, cuando, alabando la Hermosura del Rey divino, le dice ¹: «Con tu Beldad y Hermosura embiste, anda prósperamente y reina». En la cual sentencia pasa de la Hermosura á las acciones y á la gallardía del obrar, para dar á entender la gracia que resplandecé en esto; y porque singularmente consiste en las palabras, determina en esa parte la Gracia; y así le dijo: «Hermoso sobre los hijos de los hombres, la gracia se ha derramado en tus labios». Por la misma causa en los *Cantares* se alaban con particularidad los labios del Esposo, comparándolos por su gracia á las azucenas.

Veamos ahora cómo está en Dios tan perfecta la Gracia del obrar, como la Hermosura del Sér, y con particularidad en su Palabra y Verbo eterno, por el cual se han hecho las obras de mayor admiración, de mayor gracia y de mayor misericordia, que son las del misterio de la Redención que obró la Palabra de Dios encarnada. Y aun si miramos las procesiones divinas en la producción del Verbo, campea una hermosísima é infinita gracia en el modo tan admirable de tener Dios Hijo siendo virgen, de ser por un modo espiritualísimo y purísimo, de comunicarle toda su substancia, de ser su Imagen y Resplandor de sus infinitas perfecciones, al cual engendró tan lustrosa y gloriosamente, que fué entre resplandores de santidad. De suerte que en lo intrínseco del Sér divino, no sólo hay Hermosura en la naturaleza, sino Gracia en las producciones. Convenía que en esto también excediese Dios á las cosas criadas, cuya gracia es solamente extrínseca, que consiste en acciones exteriores; pero ésta tampoco falta en Dios, pues todas sus obras, aun las que hace en las criaturas, tienen todo primor, perfección y gracia; y porque no po-

¹ Psal. 44.

demostramos decir de todas, trataremos de las de su misericordia, que son las que exceden á las demás, y aun las comprenden. Por lo cual cantó David ¹: «Suave es el Señor, y sus misericordias son sobre todas sus obras». En las cuales palabras significa ser trascendental la misericordia á todas las obras divinas, por cuanto sobre todas está derramada y esparcida. Y así no sólo el perdón de los pecados y la redención del mundo son obras de misericordia, sino también la creación de los ángeles, la fábrica del mundo, y las mismas obras de justicia tienen mucho de misericordia. Por lo cual á todas, por lo que tienen deste atributo, se les añade particular gracia, pues á todos parece bien quien hace bien. Por esto vió San Juan en el *Apocalipsis* que al Trono de Dios estaba cercando el arco iris, que es señal de paz y misericordia ²: porque á todas las cosas comprende y abraza su piedad y liberalidad, y se extiende á mucho más que la justicia, significada en la piedra Sardo, á la cual se dice que era semejante el Señor.

II

Infinita es la grandeza de la bondad divina, que por hacer bien hizo el mundo, usando tan grande misericordia con lo que no era, que lo levantó al sér; y añadiendo mercedes á mercedes, ordenó á fin sobrenatural á las criaturas racionales, que no se le debía sino sólo el natural de sus esencias. Gran misericordia recibieron los ángeles y los hombres en ser criados sacándolos del no sér, al cual aborrece toda la naturaleza, porque es la suma imperfección y defecto de las cosas; pues nada se teme más que la muerte y el perecer; pero infinito mayor bien fué criarlos para una bienaventuranza sobrenatural, por la participa-

¹ Psal. 144. ² Apoc., 4.

ción de la naturaleza divina, que les comunicó, dándoles gracia en su misma creación, honrando con esta elevación de las principales criaturas á todas las demás que se hicieron por ellas, este mundo elemental para el hombre, el Cielo empíreo para hombres y ángeles. Todas estas misericordias hizo Dios con gran primor y perfección, sacando las obras que hizo perfectísimas, hermosísimas, y enriqueciéndolas de grandes dones; pero sobre todo donde mostró más primor y gracia fué en la obra de nuestra Redención, procediendo siempre de mucho á más, echando en esta obra el resto de su omnipotencia; la cual, como considerasen el Profeta Isaías y el Rey David, quedaron maravillados, y celebran la gracia y primor con que el Señor obra cosa tan dificultosa con el poder de su virtud infinita. Isaías dice ¹: «¿Quién es este que viene de Edón, teñidas sus vestiduras de bosra; éste el hermoso en su estola, que pisa y anda en la multitud de su fortaleza?» David dice: «Regocijose como gigante para correr el camino; su salida fué del cielo más alto, y su encuentro hasta lo sumo dél». Mucha merced fué criar á las cosas, sacándolas de la profundidad de la nada, y levantándolas á la cumbre del sér; pues infinitamente es mejor la esencia que recibieron, que la nada de donde salieron. Sobre este beneficio de la naturaleza es infinitamente mejor el de la gracia, con que fueron ordenadas á una bienaventuranza sobrenatural; pero á esta merced de la concesión de la gracia excede infinitamente el beneficio de su reparación, pues se hizo por el infinito bien de la Encarnación del Hijo de Dios, de donde no pudo pasar más adelante la omnipotencia divina para hacer obra mayor ni de más bondad; pues en ella fué tan bueno con el hombre, que se hizo hombre, honrando á nuestro linaje, y juntamente á todas las criaturas del mun-

¹ Isai., 63.

do universo; pues en Cristo se concedió á todas el supremo punto de honra á que pueden subir, y el supremo grado de sér que es comunicable. ¿Quién podrá declarar la fineza y primor con que se hizo esta obra, pues entregó Dios á su Hijo á la muerte porque no pereciera su enemigo? ¿Quién, considerando esto, no se queda atónito? ¿Quién puede detener las lágrimas con la memoria de tan regalada y tierna fineza? Pues se ve tan ardientemente amado, tan amorosamente apreciado y tan preciosamente estimado de un Señor omnipotente, que no tiene necesidad de nada, que le sobra todo, á quien sirven los ángeles, y quien en un punto pudiera criar infinitos hombres que le sirvieran mejor que Adán y todos sus descendientes. Mas con todo eso quiso por Adán, que le fué traidor, y por su linaje infamado, tomar forma de pecador y morir por él. No sé cómo, pensando esto, no quedamos pasmados, qué dejando Dios de redimir los ángeles que cayeron y fueron de mejor naturaleza, no haya querido dejar perecer el linaje de un enemigo suyo, la más vil criatura de las capaces de razón.

Hay que considerar en esta obra de la Encarnación la grandeza della y su fruto; la grandeza es tal, que no la pudo hacer mayor el omnipotente brazo de Dios, pues por ella se hizo Dios hombre para redimir los hombres; tan á costa del mismo Dios, cuanto se humilló y padeció: lo cual aún se debe estimar más que la glorificación del linaje humano, pues la mínima humillación de la Divinidad es infinitamente más que el bien de todas las criaturas, porque todo su bien es nada respecto de la infinidad de la alteza divina: y no hay bien de la criatura, ni le habrá, ni le puede haber, que merezca que por él se abata la Majestad divina. Por cierto que en ninguna cosa se pudo echar de ver más la caridad de Dios que en darnos en la Encarnación su Hijo, y más para lo que nos le dió, para que se humi-

llase y muriese por nosotros. Por cierto no pudo hacer cosa mayor por nuestra salvación; porque aunque pudiera parecer mayor misericordia si absolutamente, y atropellando con lo que pedía su justicia rigurosa, nos perdonara graciosamente, sin querer, ni de nosotros, ni de otro por nosotros, satisfacción alguna; pero en realidad de verdad no fuera esto ni mayor favor ni misericordia más grande, porque es infinitamente más habernos dado su Hijo, que cualquier otro bien criado; y es más excelente este modo de salvarnos, con el cual se satisface cumplidamente á su justicia divina, y se muestra más su misericordia, pues no reparó en hacérsela á costa suya; y más es dar á uno lo que le cuesta mucho, que no lo que no le costó nada. Claro está que si un Rey por librar á un esclavo de la muerte se desnudara de su púrpura y consintiera le azotasen, fuera esto más que si con sólo su absoluto mandato y autoridad real le perdonase. Alabado seáis, Señor, de millones de ángeles, pues tan á costa vuestra quisisteis redimirme, pudiendo, sin descrédito vuestro, castigarme. No sólo hay que considerar en este estupendo favor de la Encarnación el humillarse Dios á ser hombre y morir por él, sino el levantar al hombre á ser Dios y asentarle en su mismo Trono divino para que sea el hombre adorado de todas las criaturas como verdadero Dios. Estas son dos finezas inefables de su infinita misericordia y bondad. Bastaba para asombrar á todo el mundo si un Rey temporal de todo él se vistiese de labrador y ejercitase las obras trabajosas de este oficio por librar de la muerte á algunos de sus vasallos y esclavos; pero si, fuera desto, aquel grande Monarca llamara á un rústico del campo, y le asentara en su mismo solio, y le coronara por rey, haciéndole igual á sí mismo, mandando que le hiciesen todos la misma honra que á su persona, y concediéndole igual imperio, fuera esto otro

gran prodigio de bondad; pero ¿qué tiene que ver con haber levantado el Criador del mundo á una criatura suya á su mismo cetro y majestad, honrando tanto al hombre, que quiera sea adorado por Dios? No hay palabras que puedan declarar esta fineza, ni aun conceptos que la comprendan. No hay cosa que más celen los Reyes que la singularidad de su cetro y potestad de su imperio; pues llegar á comunicar un Señor Omnipotente del mundo toda su autoridad y adoración á un hombre que es por su naturaleza la menos perfecta criatura de las capaces de razón, es una maravilla que asombra, y un asombro que pasma, y un pasmo sobre toda opinión y pensamiento. Considérese qué es Dios y qué es hombre: cuán infinita distancia hay de la alteza del uno á la bajeza del otro; pues ver al hombre tan bajo levantado á la alteza de Dios, á su honra, á su adoración, es para quedar atónitos de tan inefable favor y misericordia.

III

Llegando á los efectos y fruto desta admirable fineza, son tantos y de tan admirable misericordia, que sobrepujan todos nuestros deseos. ¡Cuán grande beneficio es el librarnos del pecado! El bien que fué esto no lo podrá conocer sino quien supiese cuán inmenso mal es el mismo pecado, y cuán imposible el remedio dél al que pecó, considerando sus fuerzas ó las de otras puras criaturas; porque el pecado es el mayor mal de los males, y tan grande mal, que es un infinito mal, por el cual no pudieran satisfacer cumplidamente todos los Santos y ángeles, aunque fuesen infinitos en número. De suerte que si se pusiese en una balanza el más mínimo pecado mortal de sólo pensamiento, y en otra todas las obras meritorias por pensamiento, palabra y obra que han hecho todos los hombres y ángeles, y aún

pueden hacer, pesara más un pe a' o en razón de mal que toda esta junta de merecimientos en razón de bien, para satisfacer por el pecado, y fuera nada en comparación de lo que merece Dios ser servido. Mas como el pecado sea un inmenso agravio contra lo que es debido á la infinita Majestad de Dios, viene á tener una maldad infinita. Desto se sigue que todo pecado mortal, según ley ordinaria, es irremisible, si no fuera por la infinita satisfacción de Cristo; y así mirada sola su naturaleza, constituye al pecador en el último punto y término de desesperación, condenado *ipso facto* á eternas penas, sin esperanza de remedio. Por lo cual se dice muerte del alma; porque así como la muerte es irreparable y superior á todas las fuerzas de la naturaleza, que todas juntas no podrán restituir la vida una vez perdida, así también el pecado es sobre todas las fuerzas de los ángeles y hombres, es un mal irremediable de suyo, insuperable, inmenso. Pues deste daño tan tremendo nos libró Dios por un modo tan admirable y costosísimo, por la Encarnación y muerte de su Hijo; por la cual hizo tan fácil una cosa tan dificultosa como el salir de pecado, que con sólo un acto interior de amor de Dios se perdonaran á uno millones de pecados que tuviese, interiores y exteriores.

Otro grande fruto y efecto fué librarnos de la condenación eterna y penas del infierno, en que incurrieron Adán y sus hijos, porque fuera bastante bien librarnos de la infamia y asco de la culpa, aunque nos dejaran todas las penas; pero después de habernos librado de la ignominia de la culpa, librarnos juntamente de las terribilísimas penas, es otro incomparable bien; porque si sacar á uno de un obscuro calabozo donde no había de ver en veinte años el sol ni otra luz alguna, se tendría por gran beneficio, ¿qué será librar de aquella horrenda cárcel del infierno, región de

obscuridad y tinieblas, donde por eternidad de eternidades se había de estar entre incomparables tormentos? Por cierto esta fué una infinita misericordia de Dios, por la cual le debemos dar mil gracias. Del siervo de Dios Hermano se lee que se llegó á un religioso de su convento, y díjole ¹: «Hermano, mira que siempre que dices este versículo ², *Bonitatem fecisti cum servo tuo, Domine*, fuera razón le rezases con grande devoción y afecto del corazón». No alcanzando el otro el fin por que se le daba aquel aviso, respondióle que no solamente cuando se decía aquel verso, sino todas las veces que uno se pone á rezar, debiera poner mucha devoción, y procurar hacer bien hecha una obra de suyo tan santa. Entonces, queriendo el varón de Dios declararse mejor, y mover al otro á que viniese á reconocerse y se animase á dar muy particulares gracias á Dios, añadió: «Debieras decir también con singularísima devoción y atención el versículo de otro Salmo, y es éste ³: *Quia misericordia tua magna est super me, et eruisti animam meam ex lacu inferiori*. Que fué decirle: «Atiende bien, que ésta es la bondad que Dios ha usado contigo: el haberte librado del profundo del infierno». Esta, por cierto, es una inefable caridad y misericordia infinita.

También fué particular bien del Hijo de Dios encarnado la admirable doctrina que nos enseñó, y los secretos celestiales que nos reveló; porque estando el mundo envuelto en tan grandes tinieblas, que no sólo se adoraban por dioses unos hombres á otros, pero á los brutos y á las piedras, tenía necesidad que les amaneciese alguna luz que les pusiese en orden: porque al paso desto erraban en otras infinitas cosas. Pues con la venida del Hijo de Dios al mundo tuvieron tan cumplido este beneficio, cuanto pu-

¹ Sur. 7. Apr., in ejus vita. cap. 52.

³ Psal. 85, 13.

² Psal. 118, 65.

dieran desear, sabiendo más altas verdades el más rudo que profesa la ley de Cristo, que alcanzaron los mayores filósofos. Otro incomparable beneficio fué el de sus santísimos ejemplos; porque no sólo quiso enseñarnos con palabras, sino con obras, haciéndolas de virtudes heroicas, nunca vistas del mundo, de humildad y penitencia muy desconocidas de los filósofos; con lo cual nos enseñó con mayor eficacia, y nos animó y allanó el camino de la virtud, yendo Él adelante y descubriéndonos una altísima perfección de vida; porque con este beneficio de la doctrina y ejemplo nos quitó grandes dificultades que padecía la virtud, porque lo que la hace más ardua es que las cosas espirituales no nos muevan, y las sensibles puedan mucho con nosotros; pues como la voluntad siga á la aprensión y estima de las cosas, con la poca que se tiene de la virtud, basta cualquier molestia para que se deje: porque las molestias, como son sensibles y naturales, se aprenden vivamente, y las finge doblado mayores que son, el amor propio engañado con el poco concepto que hace de lo eterno; porque no es tan poderosa la aprensión desto como la pena de la dificultad: al contrario es en las comodidades sensibles, que como son de la jurisdicción del sentido, las aprende vivísimamente; y aunque cuesten grandes dificultades, las vence la esperanza de alcanzar lo que se aprendió por gran bien, cuyo deseo disminuye la pesadumbre de su pretensión. Por esto la vida mundana, que es más trabajosa que la de la virtud, se hace á tantos más fácil: porque más atrae la aprensión del bien sensible, que aterra la penalidad de sus medios: al contrario, más suele espantar la dificultad de las obras de virtud, que alienta la estima de su honestidad y hermosura. Á este mal ocurrió el Hijo de Dios dándonos estima de la virtud con su doctrina y ablandando la dificultad de su ejecución con su ejemplo, propo-

niéndonos delante de los ojos un dechado sensible de toda perfección, lo cual es un singular fruto de su Encarnación.

¿Pues qué diré del fruto, que es hacernos hijos de Dios los que éramos enemigos suyos, y los que estábamos condenados al infierno hacernos herederos del Cielo? Bastaba por cierto librarnos del pecado; bastaba librarnos del infierno, para quedar perpetuamente agradecidos á Dios, sin hacernos más bien; y ya que se nos hiciese alguno, bastaba hacernos semejantes á los ángeles en su bienaventuranza natural. ¿Qué será el habernos aceptado Dios por hijos, y darnos parte de su reino y bienaventuranza sobrenatural? Este es un incomparable beneficio, así por el miserable estado de donde sale uno, como por la cumbre de alteza y felicidad á que es ensalzado; pues siendo enemigos de Dios, dignos de todo odio y desprecio, nos levantó á la dignidad más alta que puede caber en pura criatura, que es á la gracia y filiación divina, y la herencia de la gloria. Cotéjese un extremo con otro, y quedaremos pasmados de tan singular bien, pues de un extremo á otro hay una inmensa distancia, y aun distancias; porque del estado del pecado al de la naturaleza inocente, hay una infinita diferencia; y luego del estado de la naturaleza humana al estado de la felicidad natural de los ángeles, hay otra distancia incomparable. Pues de la naturaleza de ángel al estado de hijos de Dios, hay también otra como infinita distancia. Quien está en pecado mortal, aunque le den infinitas riquezas, infinitos imperios y honras, nunca llegará á la felicidad del que estuviese en el estado de la naturaleza pura y sin pecado; y el que está en éste, por más bienes naturales que tenga, salud, fuerzas, sabiduría, hermosura y gustos, nunca llegará á la perfección angélica. Ni el ángel en su estado natural, por más que crezca en sabiduría, ciencia y otras perfecciones, podrá llegar á la perfección del que está en

estado de gracia; y así hay tres grados como inmensos entre el abismo del pecado hasta la alteza de hijos de Dios, á que somos sublimados por el Hijo de Dios natural.

Otro inmenso fruto es el inagotable y perpetuo tesoro de los merecimientos de Cristo; porque este Señor de tal manera compuso el negocio de nuestra Redención, que no sólo por una vez nos perdonasen los pecados y alcanzásemos la gracia de hijos de Dios, sino millones de veces, si otras tantas la hubiésemos perdido. Lo cual es una clemencia y misericordia inestimable y nunca oída; porque ¿qué príncipe ha habido tan clemente que á un traidor le perdonara veinte veces un crimen *læsæ majestatis*? Ni ha habido padre tan amigo de perdonar á su hijo, que quisiese siempre perdonarle, aunque pusiese en el que le engendró las manos cincuenta ó cien veces. Pero esta es la gracia de la misericordia divina, por los méritos de Cristo, que al pecado (que de suyo era irremediable) ha hallado tan fácil el remedio y perdón del, que no sólo cien veces, sino mil, y aun infinitas veces le perdonará; y de tal manera dispuso el tesoro de los méritos de su Hijo, que nos aprovechen siempre, todas las veces que tuviésemos necesidad dellos para limpiarnos de nuestras culpas. Esta es, según Zacarías ¹, aquella fuente patente de la casa de Jacob, para que en ella se lave el pecador. Este es un beneficio inestimable; que si los ángeles que cayeron hubieran tenido tan gran dicha, que hubiesen visto sola una vez la puerta abierta para reconciliarse con Dios, lo agradecerían como un bien infinito. ¿Qué debemos nosotros hacer, pues nunca tenemos cerrada la puerta?

Á este beneficio se llega, que tenemos tan fácil la entrada y el camino, que muchas veces, sin dar un paso ni menear una mano, sólo por un acto de la voluntad inte-

¹ Zach., 13.

rior de contrición y amor de Dios, le podamos gozar. Estupenda es esta misericordia de Dios; porque se pudiera tener por una merced infinita si después de cien años de asperísima penitencia pudiésemos llegar á participar deste bien; pero poder llegar, no digo de la noche á la mañana, sino en menos espacio de un Ave María, en cuanto se hace un acto de contrición, es una misericordia infinita. Fué esta una inefable suavidad de Cristo, que pudiendo pedir gran aparato de cosas muy arduas y dificultosas, no quiso, sino, cuando mucho, pidió unas ceremonias muy fáciles y ordinarias, en que instituyó sus Sacramentos, que son los caños por donde nos vienen estas aguas de salud.

IV

Cada uno destes frutos encierra innumerables bienes, que supo Dios en esta obra de tan gran misericordia comprender. ¡Tan admirable, tan graciosa fué! Á la cual añade grande gloria y gracia acompañarse de otros grandes atributos divinos que resplandecen en la misma obra; y lo que más es, el que parece más contrario á la misericordia, que es la justicia; porque no es posible obra de mayor justicia que porque no se falte un punto á ella, entregue Dios su Hijo á la muerte. Fué también la obra en que mostró más su Omnipotencia y su infinita sabiduría, hallando modo tan admirable en que volvió por su justicia y usó de su misericordia, queriendo hacerse el mismo Dios hombre y nacer para morir por el hombre, remediarle y darle ejemplo. Por lo cual dice San León¹: «Tal nati-
vidad convenía á la virtud y sabiduría de Dios, que es Cristo, con la cual se acomodase á nosotros con la humildad, y en la divinidad excediese; porque si no fuera verdadero

1 S. León, ser. 1 de Nativ.

Dios, no trajera el remedio, y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo. Ni menos mostró su amor, pues hizo obra de tanta fineza por el hombre, y tan finamente, que añadió al beneficio de la Encarnación el de la Pasión, y sobre éste el de la Eucaristía, que dándonos en comida para entrárenos en nuestro pecho, y humillándose cuanto se pudo humillar, para que los hombres que no le habían reconocido por su Majestad, le amasen y se llegasen á Él por su humildad».

Esta maravilla profetizó Isaiás cuando dijo¹: «En aquel día estará el monte de la casa de Dios preparado sobre la coronilla y cumbre de los montes, y todas las gentes correrán á él»; donde usa el Profeta desta palabra, *fluent*, que significa correr á lo bajo, como el agua que se va á lo profundo de los valles; y así, repara Galfrido, cómo dice que se resbalarán ó correrán como agua las gentes á un monte tan empinado como nos le pinta el Profeta; y responde que porque significa al Hijo de Dios, que humillado por nosotros en su Encarnación, Pasión, Muerte y el Sacramento de su cuerpo y sangre, se puso como valle humilde, siendo monte que está sobre los montes, sobre las cumbres de las más altas naturalezas, sobre las cabezas de los más encumbrados serafines, porque excede á toda perfección y gracia de las criaturas: «No suelen, dice, correr hacia arriba las cosas líquidas; pero este Monte, dispuesto sobre las cumbres de los montes, es también más humilde que todos los valles». Si quieres ver cómo es monte y juntamente valle, considera la majestad de su dignidad y la humildad de su dignación. Considera la alteza de lo que es Dios por la necesidad de su naturaleza, y la bajeza de lo que quiso ser por la voluntad de su amor. Considera que siendo tan alta la perfección del sér

1 Isai., 2.